



NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES (MÉJICO)

CAPÍTULO III

La maravillosa imagen de Nuestra Señora de los Ángeles de la ciudad de Méjico

Entre los más suntuosos templos dedicados al culto divino en la capital de la República mejicana figura el de Nuestra Señora de los Ángeles, situado en el barrio de Coatlán (lugar del salitre). Es notable por guardar como preciosa joya una bellísima y milagrosa imagen que representa la Concepción Inmaculada de María y que por los muchos serafines que lleva pintados en su contorno se llamó *Nuestra Señora de los Angeles*.

Su historia de más de tres siglos demuestra en su sencillez lo que es la fragilidad humana en contraste con la misericordia divina y envuelve una de las maravillas más singulares del poder de Dios en favor de los hombres.

En el año 1580 lluvias torrenciales hicieron desbordar los lagos que existen al Norte de la ciudad, quedando enteramente anegado el barrio de Coatlán que era habitado por los toltecas, primeros pobladores del imperio mejicano. Entre varios objetos que flotaban en la superficie de las aguas vióse un lienzo donde estaba pintada una bella imagen de la Santísima Virgen. El cacique de aquel lugar, el piadoso Izayoque, la recogió; y prendado de su hermosura, y doliéndose del deplorable estado en que se hallaba el lienzo, dispuso que se copiase en la pared principal de un *santocalli* (oratorio) de adobe cubierto de paja, que tenía exactamente las mismas

dimensiones del presbiterio del actual santuario de Nuestra Señora de los Ángeles. En 1595 el *santocalli* fué erigido en capilla, según declaración del cura del partido fray Antonio Gutiérrez.

He aquí como un escritor mejicano describe la imagen: «Su tamaño no llega á siete cuartas (1,46 m.), que es la estatura natural de una doncella joven de trece años, el cabello es entre oscuro y rojo, derramado blandamente por los hombros, particularmente sobre el izquierdo, poblado y crespo en los extremos, y ceñidos por el colodrillo; la frente espaciosa y dilatada, sobre unas cejas arqueadas y tupidas; los ojos hermosos y modestamente inclinados, tanto que apenas descubren la mitad de la pupila; la nariz erguida y no muy redonda; los labios encendidos y pequeños, que resaltan con mucha hermosura sobre una barba partida de un hoyito que se señala al medio; las mejillas con un color tan vivo como el de la rosa más fragante y fresca, el cuello corto y bien torneado; el rostro de tinte trigueño rosado y muy apacible, se inclina mucho sobre la derecha, no descubriendo más que la oreja izquierda; las manos y los dedos muy hermosos y proporcionados; todo el cuerpo, en fin, descansando, según el ademán, sobre el pie derecho. Tal es, aunque en imperfecto bosquejo, la hermosa imagen que representa la Concepción Inmaculada de María».

La pintura que hizo copiar Izayoque es la misma que al presente se venera, después de haber padecido de las lluvias, de los temblores, y del abandono y descuido de los hombres, pruebas que demuestran el carácter sobrenatural de su portentosa conservación. En efecto, apenas trascurridos algunos años, desde que en 1595 se abrió la ermita al culto público, resfrióse la devoción de los fieles y se dejó á la capilla en tal abandono, que se hundió el techo y se desplomaron las paredes, sal-

vándose únicamente de tan lamentable ruina la que tenía la maravillosa pintura, que por esta causa quedó descubierta á los vientos, al sol, á la lluvia y á todas las intemperies. No terminó aquí el mal. En 1607 sobrevino otra inundación en que las aguas azotaron por largo tiempo el flaco cimientó de la endeble pared, la cual se mantuvo firme como si fuera de viva roca. La tal pared, aislada en medio de las aguas y circuida de ruinas, llama y excita la atención pública; es cuidadosamente examinada, y con general asombro se encuentra que la túnica de la imagen había sido destruída; pero el rostro y las manos permanecen intactos y frescos, como si acabaran de pintarse. Este prodigio reanimó la devoción, se tornó á levantar una nueva capilla, y se formó una hermandad que cuidase de ella y recogiera de los fieles limosnas para su culto. Desgraciadamente este fervor fué pasajero y se disipó cual ligera nubecilla en medio del firmamento. La capilla quedó solitaria, el césped creció en su cenagoso suelo, y vino á ser triste albergue en que se recogía de noche el rebaño de un pobre pastor. En 1627 vino otra inundación en que las aguas subieron cuatro varas sobre el piso, y azotaron el débil muro nada menos que cinco días; pero el rostro y las manos de la santa imagen, preservados sin duda por el brazo del Altísimo, no sufrieron deterioro de ningún género.

En esa alternativa de devoción y concurrencia, de abandono y olvido durante larga época, en que sólo una familia pobre perseveró en el culto de la prodigiosa imagen, se encontró ésta sin la cubierta del techo y expuesta á los destructores elementos que debieran haberla hecho desaparecer. En 1727 se volvió á reparar la capilla; pero la reparación fué tan desdichada, que pronto se halló peor que antes, de suerte que diez años más tarde, rodeada de escombros, más que lugar de

oración, parecía morada de insectos y sabandijas. En 1745 las calamidades públicas obligaron á los fieles á acudir al patrocinio de la Santísima Virgen, y comenzaron á fabricar una capilla más sólida de mampostería, que resistiese á los vientos y á las aguas; pero tales fueron los desórdenes que á la sombra de aquellos sagrados muros llegaron á cometerse en romerías indignas de este nombre, que el Sr. Arzobispo D. Juan Antonio Vizarrón se vió en la dura necesidad de ordenar que se suspendiera la obra y se ocultase la imagen. El decreto se ejecutó á la letra, cubriéndose la pintura con esteras mojadas, aseguradas con tablas que se clavaron en la pared. Siete meses después, pasando por las inmediaciones del templo el inquisidor mayor, D. Pedro Navarro é Isla, manifestó deseos de ver la santa imagen é hizo que la descubriesen. Al contemplar su graciosa actitud, su mística hermosura y portentosa conservación, fué tal su admiración y júbilo, que á su grande autoridad se debió el que desde entonces quedase de nuevo descubierta y expuesta á la pública veneración.

Siguieron algunos devotos promoviendo el culto y recogiendo limosnas, hasta que en 1776, visitando por casualidad la capilla D. José Haro, sastre de la capital, quedó tan enamorado de la imagen, que resolvió hacer los mayores esfuerzos para levantar las ruinas de la ermita y dar mayor esplendor al culto. Ayudado de sus oficiales, logró proveerla de ornamentos sagrados, continuó la obra de mampostería suspendida en 1745; y, como el ropaje de la santa imagen se había deteriorado, le acomodó uno de tela en la misma forma que hasta ahora ha conservado con tal arte y destreza que la Virgen parece de bulto.

En 1776 dos fuertes temblores despertaron la fe de los mejicanos, que consternados acudieron á implorar el valimiento de Nuestra Señora de los Ángeles. Tanto

creció el entusiasmo, que no les satisfizo el templo acabado por Haro, y se procedió á la construcción del santuario actual, que se terminó en 1808, y compite en magnificencia con los más afamados del centro de la ciudad. Al levantarlo se procuró no tocar en lo más mínimo la pared de la santa imagen; y así, toda la arquitectura hubo de amoldarse á este plan. En 1812 se hizo cargo del santuario un benemérito sacerdote, el Sr. D. José María de Santiago, quien empleó su rico patrimonio en embellecerlo y mantener un culto espléndido.

Treinta y tres años fué capellán de Nuestra Señora de los Ángeles; y tal era el afecto que profesaba á la celestial Señora, que por no abandonarla renunció la mitra de Sonora, para la cual había sido propuesto. Fué rector de la Universidad pontificia de Méjico y canónigo de la iglesia metropolitana. Á solicitud suya el Papa Pío VI agregó el templo á la Basílica de San Juan de Letrán; Pío VII erigió en él una asociación piadosa, y Gregorio XVI le concedió oficio propio para su titular; después Pío IX lo distinguió otorgándole la gracia singular del Jubileo de la Porciúncula.

Pero la grandiosa fábrica, y sobre todo, la pared que tiene la maravillosa pintura, se han visto muchas veces amenazadas de inundaciones á causa de lo bajo del terreno en que se encuentra y quizás porque el sitio es fangoso y debe haber sufrido algún hundimiento. Mucho se trabajó por remediar el mal; se puso primero una bomba al lado de la puerta principal, y después se cambió por un aparato que funcionaba incesantemente en el exterior para procurar el desagüe. Varias veces ha estado en peligro la santa imagen por esta causa, pues las aguas subían hasta la misma pared. Urgía poner remedio radical á tamaño peligro.

Al Sr. Santiago se le propuso varias veces la idea de

elevar la pared de la imagen; pero la desechó siempre por el justificado temor de que no resistiese tal operación. Varios otros capellanes, y el mismo Sr. Arzobispo Irizarri se empeñaron en buscar un remedio oportuno y eficaz; pero sus nobles esfuerzos fracasaban. La Santísima Virgen reservaba esta gloria para el Reverendo Padre Vicente Reyes de la Compañía de Jesús.

Ansioso de dejar el templo libre de todo peligro, consultó á un perito, el cual opinó que no había remedio. En 1884 un hábil ingeniero, que ha ejecutado con maestría obras notables de la ciudad, juzgó que lo único realizable era levantar 60 centímetros el pavimento. Así se ejecutó; mas el trabajo y el fuerte gasto resultaron infructuosos, pues en una inundación ocurrida en Octubre de 1885 se anegó el templo, cubriendo las aguas el presbiterio.

Por fin se confió la obra al ingeniero D. Emilio Dondé, facultándolo para que obrase con toda libertad. Inspeccionando las bóvedas del presbiterio notó que estaban enteramente cuarteadas y que pronto vendrían al suelo, si no se ponía oportuno remedio. Concibió el proyecto, reputado hasta entonces como imposible, de levantar la pared de la imagen, y así se haría una reparación completa al santuario y se le embellecería con una gallarda cúpula.

Empezó por elevar el pavimento un metro y veinte centímetros, terraplenándolo con escombros. Luego se procedió á la delicadísima operación de elevar la pared, habiendo procurado el celoso capellán que se implorasen los auxilios del cielo para que resultase favorable. Se taladró la base de la histórica pared para introducir en ella canes de madera, se cortaron á sierra los lados de la pared; y encerrada ésta por medio de varillas y tuercas ingeniosamente combinadas en una caja construída para tan arriesgada operación, fué elevada cinco

metros sobre la secular posición que ocupaba y transportada hacia el ábside casi otros cinco. Se la afirmó sobre sólida pilastra de ladrillo, y se la cercó por los lados y el respaldo hasta unos dos tercios de su altura, quedando al descubierto la parte superior para que en todo tiempo aparezcan con claridad los pobrísimos adobes de que está formada.

El santuario es de estilo greco-romano de una sola nave, y sus dimensiones son 49'50 metros de longitud, 11'30 de ancho, y en el crucero 16'80 metros.

Basta indicar que lo tienen á su cargo los inclitos hijos de San Ignacio de Loyola para comprender que está aseado, provisto de ricos ornamentos y vasos sagrados, y que la santa imagen recibe culto digno y ferviente. El 2 de Agosto se celebra su fiesta principal precedida de novenario y seguida de octavario, tan concurrido de los fieles, que no caben en el espacioso templo. Distinguidos oradores pregonan todos los días las glorias de la Virgen Inmaculada.

El celo de los Padres Jesuitas no se limita al culto del santuario, sino que han establecido escuelas gratuitas para niños pobres, donde centenares de ellos aprenden á conocer á Dios junto con las primeras nociones de las ciencias humanas; los días festivos enseñan el catecismo á niños y gente ruda, con lo cual han logrado levantar el espíritu de innumerables fieles. Pero la obra principal que allí han realizado, es abrir casa de ejercicios donde toda clase de personas tienen benévolo acogimiento. Sólo Dios sabe los pecadores que merced á tan bendita casa han hallado el perdón, los ignorantes que han aprendido la única ciencia verdadera y los afligidos que han recibido el bálsamo del consuelo.

[**Autoridades.**—José Mariano Dávila, *Nuestra Señora de los Angeles*, artículo publicado en *El Expectador de Méjico*, año 1851.—*La portentosa imagen de Nuestra Señora de los Angeles y su santuario*, opúsculo de autor anónimo publicado en 1886.—D. Pablo Antonio Peñuelas, *Historia de Nuestra Señora de los Angeles*.—Méjico, 1781.